

# Mi amigo Manuel

Mario Méndez

Ilustraciones de Diego Moscato

loquele<sub>o</sub>

## La aventura de los membrillos

Los López vivíamos justo enfrente de la gran casona de los Belgrano Peri. Mi padre, Eleuterio José, mi madre, Azucena, mis dos hermanos mayores y yo vivíamos, por así decir, a la sombra de los Belgrano, gente rica y poderosa: Domingo, el padre de Manuel, era uno de los comerciantes más importantes de Buenos Aires y me atrevo a decir que del virreinato. Nosotros, en cambio, no éramos ricos, aunque tampoco pobres. Mi padre, pequeño comerciante, sabía hacer valer su oficio. No tenía más trato con don Domingo que el del saludo, porque la distancia social era muy grande. Pero los chicos sí nos tratábamos: teníamos más o menos las mismas edades, y no había en la primera infancia demasiados límites. Fue a los siete u ocho años cuando Manuel y yo jugamos juntos por primera vez. Él salía poco de su casa, a diferencia

de mis hermanos y de mí, que nos la pasábamos afuera.

Cierta mañana de sol, mientras holgazaneábamos en la vereda, Manuelito se acercó adonde estábamos y nos saludó con algo de timidez. Estaba mucho mejor vestido que nosotros, tenía la voz aguda, y sabía que la suma de esas dos cosas podía provocar alguna broma, que no faltó. Manuel no hizo caso. Preguntó qué hacíamos y mi hermano Nicolás, solo para escandalizar al hijo de los vecinos ricos, le dijo que estábamos a punto de organizar un robo. Mi hermano José Octavio, su amigo Alfonso Domínguez, que también estaba en el grupo, y yo lo miramos sorprendidos, pero Nicolás guiñó un ojo y le seguimos la corriente.

—Sí —dijo, muy seguro—. Vamos a ir hasta la quinta de los Almada, a robar membrillos. No es una aventura para cualquiera. Yo diría que se vuelva a su casa, señorito Belgrano.

Manuel se puso rojo. Pensé que golpearía a mi hermano, aunque fuera más grande y le llevara por lo menos una cabeza, pero se contuvo. Lo miró serio y le respondió que para él no había aventuras demasiado grandes. Tenía, lo dije y lo repito,

siete u ocho años: no podía saber que esa frase iba a ser sostén de toda su vida. Tal como lo predijo aquella mañana de 1778 o 79, no hubo de ahí en adelante ningún esfuerzo ni gesta ni obligación suficientemente grande como para detenerlo.

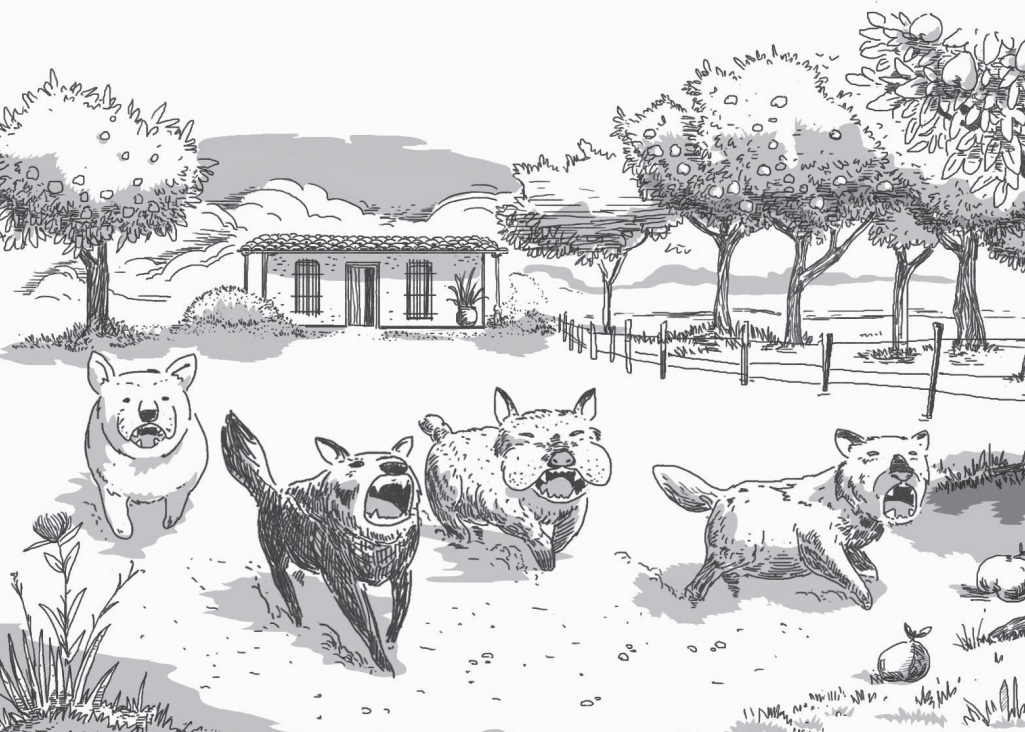
Sin dudar, se sumó a la travesura que al parecer estábamos organizando, y que tuvimos que improvisar de inmediato. La quinta de los Almada se encontraba cerca del río, en los límites de la Buenos Aires de entonces. Una zona a la que no íbamos nunca. Nicolás había lanzado el desafío y allí fuimos.

Mis hermanos y Alfonso iban adelante, conversando en voz alta, como alardeando de su valor. Unos pasos más atrás marchábamos Manuel y yo, callados. Al llegar a una bocacalle los tres que nos precedían cruzaron corriendo. Yo intenté seguirlos, y en ese momento Manuel me tomó del brazo y me detuvo. Un instante después, frente a nosotros pasó una diligencia a todo correr, que por poco nos atropella. No alcancé ni a agradecerle: Manuel se encogió de hombros y me sonrió. Le devolví la sonrisa: apenas lo conocía, y sin embargo ya empezaba a sentirle afecto.

Al fin, llegamos a la quinta y nos acercamos sigilosamente, como si los solitarios frutales estuvieran bajo la vigilancia de los soldados del rey. Sin embargo, nada nos impidió meternos entre las ramas, tomar todas las frutas que quisimos y salir corriendo. Ya nos íbamos cuando Manuel, que iba detrás, casi se atraganta con el membrillo que mordisqueaba.

—¡Un perro! —gritó, y se largó a correr.

El grito de Manuel, su corrida y los ladridos pusieron alas en nuestros pies. No era un perro el que venía tras nosotros, sino cuatro. El quintero no contaba con soldados que cuidaran sus árboles:



le bastaba con los cuatro perros fieros que se nos vinieron encima.

De más está decir que en el afán de ponernos a salvo tiramos las frutas que cargábamos en los brazos. “Al río”, había gritado Nicolás, y hacia allí íbamos. Estábamos asustados, pero pronto nos dimos cuenta de que, si manteníamos el paso, los perros no nos podrían alcanzar. Fue en ese momento que yo, que era el más lento, tropecé con la raíz de un árbol y caí. Alfonso Domínguez me vio caer, pero no volvió: los perros estaban demasiado cerca. Hasta el día de hoy no sé si mis hermanos, que iban más adelante, vieron lo que sucedía; lo cierto es que no regresaron.



El único que se quedó fue Manuel. Me ayudó a levantarme, me sostuvo, me preguntó si podía correr. Yo estaba medio rengo, porque con la caída me había torcido el tobillo, pero podía moverme. Manuel pasó mi brazo sobre su hombro y me hizo correr con él. Cuando los perros nos alcanzaron, se paró delante de mí y con una rama que levantó del piso los mantuvo a raya, hasta que el silbido del quintero detuvo la furia de los animales. El hombre venía riendo, pero no nos quedamos a esperar su segura reprimenda. Corrimos otra vez, yo siempre apoyado en el hombro de Manuel, hasta que unos minutos después nos juntamos con mis hermanos y Alfonso en la orilla. Las negras que lavaban cerca nos miraron sorprendidas, sobre todo a nuestro nuevo amigo: no era común ver a un señorito en esa zona.

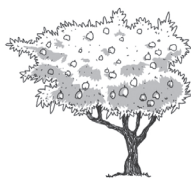
Una de ellas, un poco mayor que nosotros, se acercó hasta donde estábamos. Había visto que, en la carrera, Manuel se había lastimado la frente con alguna rama, y le pasó un trapo recién lavado, para que se limpiara.

—Muchas gracias, señorita... —le dijo él, como si se tratara de una dama de la alta sociedad.

—María Remedios, para servirlo —contestó la negra, haciendo una reverencia graciosa.

Luego, tan silenciosa y sonriente como había venido, regresó junto a su familia. En esos días, no podíamos saber que la volveríamos a ver muchas veces.

Un par de horas más tarde, caminamos de regreso, con mucho cuidado de pasar bien lejos de la quinta de los membrillos. Llevábamos las ropas desarregladas y estábamos muy transpirados y sucios, pero a Manuel no parecía importarle. Al llegar a nuestra cuadra se despidió de todos con una sonrisa y a mí me dijo que me cuidara la pierna. Yo le estreché la mano por primera vez, vigorosamente. Era mi manera de darle las gracias. Habíamos vivido la primera aventura juntos, que no sería la última. Y, lo que es más importante, había nacido nuestra amistad.



## Estudiantes, alcemos las banderas

Desde aquel día de los perros de la quinta hasta que, a los trece años, entramos juntos al Real Colegio de San Carlos, Manuel y yo vivimos muchas aventuras, por entonces bastante pequeñas, aunque a nuestros ojos de niños parecieran grandes. Y las seguimos viendo luego, mientras estudiábamos.

En las oscuras aulas del colegio, bajo la tutela de los curas que nos daban clase, a cual de todos más severo, aprendimos la gramática latina, algo de filosofía y hasta un poco de teología (Manuel bastante más que yo, que era un poco remolón para los estudios). También aprendimos a escaparnos de los castigos de nuestros maestros, sobre todo de los del padre Ambrosio, el profesor más inflexible, o a aprovecharnos de la indulgencia de Ramón, el cocinero, un mulato viejo que nos tomó simpatía y siempre nos obsequiaba con lo

mejor de la comida, que no solía ser mucha ni muy variada.

Los fines de semana, cuando podíamos, nos íbamos hasta la campaña, donde los Belgrano tenían una finca. Allí aprendimos a andar a caballo. Esa fue una de las pocas actividades en las que yo, si no logré aventajarlo, al menos estuve a su altura, porque se me daba muy bien la equitación. Aprendí a largar el caballo a todo galope y hasta a hacer algunas gracias, como la de pararme sobre el lomo del animal o montar en pelo, a lo indio. Manuel no era mal jinete, por cierto, pero admiraba mi destreza.

Un domingo, aprovechando que nos habían mandado a hacer una compra en una pulpería cercana, corrimos una carrera que llamó la atención de varios de los paisanos que dedicaban su tarde libre a jugar a las cartas en el boliche. Apenas desmontamos, uno de ellos se acercó a hablarnos. Se les había ocurrido que repitiéramos la carrera y, como a nosotros también nos sobraba el tiempo, aceptamos de inmediato. Los paisanos nos mostraron un camino más o menos liso que iba desde la pulpería hasta la tranquera de una estancia y levantaron apuestas a favor de mi tordillo o del manchado de

Manuel. El recorrido sería algo así como media legua de ida y vuelta, y, a la voz de “aura” de uno de los gauchos, lanzamos los caballos con todo. Llegamos hasta la tranquera juntos, y juntos pegamos la vuelta. Ya estábamos cerca de la pulpería, siempre cabeza a cabeza, cuando desde un rancho cercano se apareció de repente una moza distraída, cargando una canasta. Manuel pegó el grito antes de que la atropelláramos. Por suerte, la mocita, que se llevó un terrible susto, no sufrió ningún golpe. Mi amigo saltó del caballo, le pidió mil disculpas, le ofreció su brazo para llevarle la canasta. La carrera, para disgusto de los apostadores, había quedado sin ganador. La muchacha que habíamos asustado era toda sonrisas con Manuel. Nos habríamos quedado un buen rato más en las cercanías de la pulpería si no hubiese aparecido el padre, visiblemente enojado.

Manuel se disculpó también con él, pero el hombre le contestó hosco y mandó a su hija para adentro. Mi amigo estuvo a punto de responderle, sin embargo esta vez fui yo el más rápido y precavido: no nos convenía ponernos altaneros con un padre ofendido, así que le di un codazo para que se apurara, subimos a los caballos y nos volvimos al tranco.

Desde la ventana, a espaldas del padre, la chica nos saludaba. O lo saludaba a Manuel, para ser honesto.

Terminamos el colegio sin mayores dificultades. Teníamos dieciséis años y estábamos llenos de ilusiones. Manuel quería ser abogado, y yo igual, un poco porque él me había convencido. Su padre ya había arreglado todo para que continuara sus estudios en España. La economía de mi familia era demasiado precaria para semejante gasto, así que me resigné a dedicarme al comercio, como el resto de la familia. Sin embargo, una tarde inolvidable, Manuel se presentó en casa y con tono circunspecto le preguntó a mi padre si tendría la amabilidad de acercarse a su hogar: don Domingo tenía una propuesta para hacerle. Padre, desde luego, accedió de inmediato. Antes de irse, Manuel me dijo que también a mí me esperaban. Algo nerviosos por la sorpresa, los dos nos pusimos chaquetas limpias, nos quitamos el polvo de los zapatos y nos compusimos lo mejor posible. No era cosa de todos los días ser recibidos en el despacho de don Domingo Belgrano Peri.

Frente al enorme escritorio del padre de Manuel, mi padre y yo esperamos a que nos atendieran.

Pocos minutos después de que nos anunciaran, don Domingo y su hijo entraron al despacho y nos saludaron como a amigos. Quizás porque era italiano, a don Domingo, que en realidad se llamaba Doménico, las solemnidades españolas le importaban poco, así que fueron directo al grano: a instancias de Manuel, los Belgrano querían ofrecirme la posibilidad de viajar a España y estudiar allí a su costo y cargo. De regreso, y trabajando para la familia, yo podría devolver en parte lo gastado, porque se trataba, dijo mi benefactor, de un préstamo y una inversión.

Mi padre reaccionó primero; tartamudeando un poco agradeció el ofrecimiento, que desde luego aceptaba en mi nombre, dijo, si yo no me oponía. Los dos hombres y mi amigo me miraron, al aguardo de mi respuesta. Tardé unos instantes en comprender que me estaban esperando.

—¡Sí, acepto! —dije, solemne.

—Hombre, que tampoco es que te vas a casar —dijo don Domingo, y los demás se rieron. Yo estaba tan aturdido que ni el chiste entendí. Gracias a Manuel (y también a su padre, pero sobre todo gracias a Manuel), tendría una oportunidad que

jamás había esperado. Estudiaría en España, nada menos. Mi vida daba un giro absoluto.



## Al otro lado del mar

Los preparativos para el viaje nos tomaron muchas semanas. No era cosa sencilla cruzar el Atlántico, desde luego. Ninguno de los dos había subido nunca a un barco, nuestras navegaciones previas se reducían a un bote en el que a veces remábamos, cuando se nos daba por pescar. Manuel era un buen nadador, y yo me las arreglaba, pero solíamos bromear con que de poco nos serviría la natación si en alta mar teníamos que bajarnos del barco.

Ansiosos como estábamos, preparamos los baúles –el de Manuel bastante más grande y mejor provisto que el mío– con tanta anticipación que varios días antes de que el barco hubiera llegado a nuestro puerto ya lo teníamos todo listo. Hablábamos, en esos días, de cómo sería el viaje, del famoso “mal del mar” y de las terribles tormentas que suelen desatarse en medio del océano. Pero

---

sobre todo hablábamos de lo que nos esperaba en Salamanca. El estudio, sí, pero más que nada la libertad. Estaríamos muy lejos de nuestras familias, podríamos disponer del tiempo, sin tutela alguna. Sabíamos, además, aunque no lo reconociéramos abiertamente, que no solo nos esperaba la libertad: también teníamos miedo a extrañar, a lo difícil que sería sentirse distintos, a no adaptarnos a las nuevas costumbres, a la distancia. Era una gran suerte que fuéramos juntos; eso, sin duda, nos reconfortaba.

Todo llega, y al fin llegó el día de la partida. Hasta el puerto se acercaron a despedirnos los Belgrano en pleno, más todos los López. Mi madre y la de Manuel lloraban sin ningún disimulo. Don Domingo, hombre acostumbrado a los viajes y los desarraigos, se mostraba tranquilo y seguro. Tal vez por imitarlo, mi padre ocultaba su nerviosismo, y hasta su tristeza. Sabía, claro, que la oportunidad que se me brindaba era imposible de rechazar, pero yo estaba seguro de que me extrañaría. Yo era el menor de sus hijos, y hoy, casi ochenta años después, puedo decir sin vergüenza que siempre me sentí su preferido.

Zarpamos, por fin. Atrás quedó la aldea diminuta, con nuestros recuerdos. Adelante, una vez

---

---

que cruzáramos el océano inmenso, nos esperaba la metrópoli, el futuro. Hicimos una primera escala cercana, en Montevideo, pequeña ciudad que no conocíamos y nos resultó bastante parecida a la nuestra, y una segunda, en Río de Janeiro, que sí nos sorprendió, sobre todo por su bellísima bahía. Después de la parada en el Brasil, no habría más escalas: había que encarar el cruce del Atlántico.

En alta mar nos fue bastante bien. Hacia el tercer día de viaje ya casi no nos mareábamos, y no sufrimos más que una tormenta, aunque tan fuerte que en algún momento temí un naufragio. En medio de los zarandeos, Manuel se reía, se burlaba de mi cara pálida, me daba ánimos. Estaba seguro de que llegaríamos. “Nadie se muere en las vísperas, Francisco, tranquilo”, me decía. Para él, España significaba, más que para mí, las puertas, las vísperas de un futuro sin igual. Tenía razón, por cierto, aunque todavía no sabíamos cuán diferente sería el mundo en poco tiempo. Y cuánto contribuiríamos, apenas volviéramos, para que el mundo realmente diera una vuelta completa sobre sí mismo.

Nos instalamos en Salamanca, y no fue fácil. Al principio, los nacidos en España, que eran la

mayoría, nos trataban con desprecio, a mí, a él y a los otros pocos americanos que estudiábamos en la universidad. “Indianos”, nos decían, y lo hacían como quien insulta. Pero nos hicimos fuertes respaldándonos entre nosotros, hasta que poco a poco también hicimos amigos entre los españoles.

Manuel pronto destacó: simpático como era, hábil para jugar al billar (juego que se había puesto muy de moda en las posadas y fondas a las que los estudiantes escapábamos cuantas veces podíamos) y buen alumno, en poco tiempo se ganó el favor de los compañeros y hasta el amor de una muchacha. Al igual que en nuestras tierras, también en España las mujeres gustaban de su caballerosidad, de su galanura. Con una de ellas, una salmantina que atendía uno de los billares, tuvo un amor fugaz pero intenso. Ya no recuerdo el nombre de la bella muchacha, aunque sí me acuerdo, cosas de la memoria, de sus hermosos ojos negros.

Yo, por mi parte, me hice bastante amigo de un peruano, Pío Tristán, al que, las vueltas del destino, unos años después enfrentaríamos en batalla, ya en América. Pío, aunque peruano, era fiel defensor de los ideales realistas, estaba convencido de que



era perfectamente natural que las colonias americanas fueran una dependencia secundaria de la corona y cuando, al poco tiempo de estar en Europa, estalló la Revolución francesa, a él –como a muchos otros– le pareció una aberración.

A Belgrano, en cambio, la Revolución francesa lo sedujo por completo. En seguida adhirió a las ideas de libertad e igualdad, tal vez no solo por su espíritu libre, sino también influenciado por una noticia terrible que recibimos hacia fines de 1788. A don Domingo lo habían acusado de fraude, de complicidad con la quiebra del tesorero de la Real Audiencia de Buenos Aires y, sin que mediaran mayores pruebas ni un proceso cabal, el virrey le había confiscado los bienes y lo había recluido en prisión domiciliaria. Manuel quería volverse de inmediato, aun sin terminar los estudios, pero una carta de uno de sus hermanos lo tranquilizó. “Padre –le decía, palabras más o menos– está tranquilo. Y confía en que, una vez recibido, en España abogues por su causa ante la Corte”. Sin duda fue por eso que de ahí en más Manuel se aplicó tanto a sus estudios que obtuvo su título de bachiller en Leyes con medalla de oro.

---

Fue por esa época que nos distanciamos por primera vez. Manuel se instaló en Madrid y yo, que ya no contaba con el respaldo económico de los Belgrano, no tuve más remedio que regresar a Buenos Aires. Había, al menos, terminado mis estudios del Bachillerato y en cuanto volviera me pondría al servicio de la causa de don Domingo: si Manuel abogaba por su padre en la corte española, yo lo haría en el virreinato.

Nos despedimos en Madrid, ciudad que yo quise conocer antes de rumboar al puerto de Cádiz, desde donde zarparía. En la puerta de una fonda, donde habíamos comido y brindado a la salud de nuestros recuerdos, de nuestra amistad y de Buenos Aires, nos dimos un abrazo estrecho. Sabíamos que pronto nos volveríamos a ver, estábamos seguros de que ni el tiempo ni la distancia podrían con nuestra amistad. Y así fue, aunque no nos reencontramos sino hasta cuatro años después.



## Al otro lado del río

A mediados de 1790 regresé, solo, a Buenos Aires. Había pasado casi un lustro desde mi partida, ya no era un muchachito tímido: a los veinte años me sentía todo un hombre. Sin embargo, se me doblaron las rodillas cuando vi a lo lejos las siluetas queridas de mi madre, mi padre y mis hermanos, que habían ido a recibirme.

Pisé mi suelo natal, me abracé a mi familia, sentí, como nunca antes, el amor por la propia tierra. En casa me esperaba el asado que uno de los mulatos que trabajaba para nosotros había preparado con esmero, y el aroma de esa comida, que en España tanto había extrañado, volvió a conmoverme. Durante el almuerzo, la sobremesa y gran parte de la tarde, conté y repetí las historias que había vivido, junto con Manuel, en Salamanca, en Valladolid y, en los últimos días de mi residencia en España,

---

en Madrid. También relaté las peripecias del viaje, los mareos, las tormentas, las bellezas de Río de Janeiro y hasta las frutas exóticas que había traído para regalar. Yo no tenía casi dinero, por lo tanto, además de mi título de bachiller, que sentía una ofrenda para mi padre y para el padre de Manuel, solo traje de regalo un bellissimo abanico, que mi madre empezó a usar apenas se lo entregué, aunque no hiciera falta. A la hora de los mates de la tarde, otra de las costumbres que había extrañado, le pregunté a mi padre por la situación de don Domingo.

—Está detenido en su casa, no puede salir sin el permiso expreso de las autoridades, y la situación económica de la familia ha sufrido enormemente por el proceso judicial. No pasan necesidades, pero no les sobra nada. Ya no son ricos ni poderosos. Y don Domingo, al que he visitado algunas veces, está muy triste.

—Voy a ponerme a su servicio de inmediato, padre —le dije—. Es lo que corresponde, y es lo que quiero hacer.

Mi padre asintió, desde luego. Esa misma tarde, poco antes de que anocheciera, cruzamos a la casona

---

---

de los Belgrano, franqueando la guardia de un soldado del rey que estaba apostado en la puerta.

Don Domingo me recibió con un abrazo, me preguntó cómo estaba, cómo había sido el viaje y, claro está, por su hijo. Le conté que Manuel pronto recibiría la licencia para ejercer como abogado y que —él no lo sabía, y se sorprendió mucho— había obtenido, nada menos que del papa Pío VI, un permiso especial para leer los libros prohibidos que la Iglesia tenía en un listado especial.

—Siempre supe que Manuelito sería un gran abogado —nos dijo con un suspiro—, y espero que desde la corte española pueda colaborar con mi situación.

Yo le aseguré que también podría contar conmigo, y el hombre, a pesar de su tristeza, sonrió.

—Claro que sí, Francisco —me dijo—. Muy pronto te pediré que te encargues de unas cuestiones comerciales que debo solucionar en Montevideo, si no estás demasiado cansado para volver a embarcar.

Acepté, por supuesto. Quedamos en que zarparía en cuanto él me lo pidiera y al rato volvimos a casa. Mi padre estaba cabizbajo: no le gustaba —y a mi madre le gustaría menos todavía— que recién

---

---

llegara y volviera a partir, pero entendía que ese era mi deber de gratitud.

Pasaron cerca de veinte días hasta que se concretó el pedido de don Domingo. Mientras tanto, me dediqué un poco a colaborar con mi padre, y bastante más a holgazanear como en mis tiempos de niño. Anduve mucho a caballo, con gran placer, porque en España casi no había vuelto a montar; paseé con mis hermanos, concurrí a una tertulia o dos, en fin, me distraje. No podía saber, todavía, cuánto cambiaría mi vida apenas cruzara el río.

Finalmente, a tres semanas de mi regreso, emprendí el corto viaje a Montevideo, donde debía realizar algunas diligencias a favor de los Belgrano que, suponía, me llevarían un par de meses. Mi estadía, sin embargo, fue bastante más larga y, al ver hoy a mi numerosa familia, puedo decir que, para bien, me cambió la vida.

Instalado en el centro mismo de la pequeña Montevideo, me dediqué a los trámites legales y comerciales que don Domingo realizaba un poco a espaldas de la corona española, pero que a nadie escandalizaban. Allí, en una tertulia en casa de los Britos Perales, conocí a Lorenza, quien sería mi

---

esposa poco después. La vi apenas entré a su casa, sentada con sus amigas junto al piano que decoraba el salón principal, y de inmediato supe que me había enamorado.

Esa misma noche, desde mi cuarto de alquiler, tomé papel y pluma y le escribí una larga carta a Manuel. ¿A quién iba a contarle lo que me había sucedido con Lorenza sino a mi mejor amigo? Hoy lamento que estas cartas se hayan perdido, porque me gustaría releerlas. Pero recuerdo lo principal: le contaba lo que había sentido cuando la vi y le expresaba mis temores con respecto a la conformidad de su familia. Yo era un porteño joven, tal vez demasiado joven, que todavía estaba muy lejos de tener una buena posición económica o social, si es que algún día lo conseguía. Sin embargo, y se lo aseguré a mi amigo en esa carta, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conquistar el amor de Lorenza, aunque por el momento no tuviera ni la menor idea de qué hacer. También recuerdo que en todo momento, mientras le escribía, imaginaba las opiniones de mi amigo, su interés por lo que me pasaba. Pero lamentaba que sus consejos no me llegarían sino hasta meses después.

Las cosas, por suerte, resultaron más fáciles de lo que yo había imaginado: Lorenza era la menor de seis hermanas, tres de las cuales no se habían casado, y los Britos Perales no tenían ningún interés en correr el riesgo de que la pequeña quedara soltera. Por otra parte, a los pocos días se me ocurrió escribirle –con toda la vergüenza del mundo– a don Domingo, quien de inmediato le mandó una carta al padre de Lorenza, ensalzando mi valor, mi caballeridad y honor: una carta que también hubiera querido conservar, y de la que me sentí muy orgulloso, por más que supiera que el padre de Manuel exageraba mis cualidades para que yo consiguiera que los Britos me abrieran las puertas de su familia. Pero debo reconocer que lo que más facilitó las cosas fue que la pequeña Lorenza, como pude comprobar con el tiempo, incluso a mi pesar, tenía un carácter indómito. Ella también se enamoró de mí, a la segunda o tercera vez que le dirigí la palabra un poco temblorosa y mis miradas más enamoradas. La había conmovido, sin duda, mi total sinceridad, y le daba ternura mi arrobada entrega.

Para cuando llegó la carta de Manuel, en respuesta a la mía, Lorenza y yo estábamos comprometidos.

Mi madre y mi padre, después de la sorpresa, se sintieron felices. Y don Domingo, a quien mi continuo ir y venir a Montevideo convenía para sus negocios, estaba muy satisfecho. La aventura montevideana había sido exitosa. Manuel, en la carta que me envió como respuesta a la mía, me aconsejaba paciencia, que yo no había tenido; valor, que había tratado de tener, y confianza en mí mismo, que intenté sostener, de ahí en adelante, para siempre.



## Por la vuelta

Nuestras vidas, la de Manuel y la mía, siguieron por caminos muy distintos durante unos tres años más, hasta que al fin mi amigo regresó. En ese tiempo, en el que solo estábamos conectados por la lenta correspondencia, él al fin recibió su licencia de abogado y litigó a favor de su padre en la corte española, con bastante éxito. Si bien no logró su inmediata absolución, hubo avances que pronto se concretarían. Yo, mientras tanto, continué mi vida dividida entre Buenos Aires y Montevideo: seguía trabajando para los Belgrano y cada vez que viajaba me encontraba con Lorenza. Con ella nos veíamos, por cierto, mucho menos de lo que hubiéramos querido hasta que, por fin, en noviembre de 1793, contrajimos matrimonio en Buenos Aires. Mi padrino, que obtuvo un permiso especial para salir de la casa, fue don Domingo: el padre de Manuel ya

me trataba como a uno más de sus hijos. Mi amigo, desde España, mandó una larga carta y la promesa de “un distinguido regalo para la más bella de las dos orillas”. Lorenza, que se sintió muy halagada, recibiría un tiempo después, de manos del caballeroso Manuel, que nunca olvidaba sus promesas, una preciosa mantilla andaluza.

A principios de 1794, justo cuando nos enteramos de que pronto volvería, Lorenza quedó embarazada. No tuve dudas: si era un varón, se llamaría Manuel Domingo, en homenaje a mi amigo el primer nombre, y el segundo, por mi benefactor. Pero para hacerles ese homenaje tuve que esperar al tercer embarazo: antes nacieron Luisa María y Elena Fernanda, mis dos primeras hijas. Luisa María, que mi amigo tuvo en brazos a los pocos días de su regreso, fue su ahijada.

A poco de llegar, Manuel tomó posesión de un cargo en el Consulado. Lo habían nombrado secretario a perpetuidad, y desde ese puesto comenzó a desarrollar sus ideas del progreso de la agricultura, el comercio y la industria, además de la educación. Tuvo, por supuesto, muchos problemas para ser oído, pero siempre enfrentó la indiferencia, o el

---

rechazo, con decisión y valentía. No era fácil ser un funcionario criollo, hijo de un italiano que, para colmo de males, enfrentaba un proceso judicial. Cierta vez, en una tertulia, varios de los hombres nos enzarzamos en una discusión política. Manuel habló de libre comercio, de educación y de oportunidades igualitarias para peninsulares y criollos. Un español de apellido González, que estaba presente, envalentonado quizás porque en esa casa los españoles eran mayoría, comenzó un insulto que recuerdo claramente:

—Una muestra más de ingratitud de los criollos —dijo, mirando a Manuel—. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un descastado, el hijo de un extranjero...?

No sé cómo iba a seguir, porque mi amigo no lo dejó terminar. Sin hacer demasiado escándalo, porque después de todo estábamos en la sala de una familia, se paró, se acercó al hombre y le habló al oído. El español se puso rojo, miró a los costados y unos minutos después desapareció de la tertulia. Cuando salimos, cerca del anochecer, le pregunté qué le había dicho.

—Lo reté a duelo —me dijo Manuel con una

---

---

sonrisa—. Pero no te preocupes: como nadie lo oyó, el muy cobarde hará de cuenta que nada le dije.

Y tuvo razón, porque no supimos del tal González nunca más.

Manuel no había cambiado prácticamente nada, por lo menos no en cuanto a sus ideales libertarios, de progreso y educación, los que había fortalecido en Europa a la luz de las nuevas ideas que trajo la Revolución francesa. Demostró, también, que a pesar de su poca experiencia era un excelente abogado. Su participación en el proceso que se había establecido contra su padre fue decisiva: a fines de ese mismo año a don Domingo se le restituyeron los bienes y la libertad absoluta, veredicto que festejamos juntos en la casona familiar.

Manuel estaba feliz, aunque lo acechaba una sombra. A poco de llegar se le había manifestado una enfermedad infecciosa que fue premonitoria de los problemas de salud que lo aquejarían desde entonces para siempre. Yo admiraba que enfrentara ese infortunio con el mejor de los ánimos: por más dolencias que tuviera, no dejaba de trabajar, de andar a caballo y de concurrir a las tertulias, a las que se había aficionado. En ellas exponía sus

---

ideas políticas, que no pocos problemas le traían, y entablaba otro tipo de charlas, tal vez igual de apasionadas y quién sabe si más o menos peligrosas: como cuando era más joven, no faltaban mozas que lo miraran deslumbradas.



## El amor a la vuelta de la esquina

En los primeros años de mi matrimonio, que coincidieron con el regreso y la reinstalación de Belgrano en Buenos Aires, nuestras vidas divergieron bastante. Yo llevaba la rutina de un hombre de trabajo, casado, que a poco de establecer casa ya tenía dos hijas y no mucho tiempo después sería bendecido con otro hijo más. Manuel, en cambio, era un soltero muy independiente, ocupadísimo con su cargo en el Consulado y siempre dispuesto a otras actividades. Desde su lugar como secretario propició la fundación de la Escuela de Náutica, escribió para los periódicos de Francisco Cabello y de Hipólito Vieytes y, como si esto fuera poco, el virrey Melo lo había nombrado capitán de las milicias urbanas de infantería: esa sería su primera experiencia militar. Si bien bromeaba con el tema (solía decirnos a los amigos que había aceptado el

cargo para tener otra ropa que ponerse), se lo tomó con seriedad. Por supuesto, me sumó a las milicias a su mando, en calidad de alférez. Yo participaba con él de algunas maniobras que dirigía y de los esporádicos entrenamientos que a algunos, secretamente, nos parecían ociosos, hasta ridículos. Estábamos muy lejos de sospechar que pronto tendríamos que pelear y más aún de que, como alférez que era, en no muchos años yo dejaría de llevar la bandera española para enarbolar la celeste y blanca.

La vida, siempre dinámica, ofrecía otras novedades. Cabalgábamos un día hacia la vieja finca familiar cuando me invitó a bajar en una pulpería, que tal vez fuera la misma de aquella carrera trunca de nuestra adolescencia. El pulpero y algún paisano que se encontraba por allí nos miraron sorprendidos. Manuel pidió dos cañas y me invitó a sentarme. Lo noté algo sombrío.

—Me pasó —me dijo, mirándome a los ojos.

Al principio no entendí. Manuel sonrió. Era una sonrisa no del todo feliz.

—Me pasó, Francisco —insistió, y como yo no atinaba a adivinar, me lo dijo muy claro—: me enamoré.

Luego levantó su vaso para brindar. Y sin que

---

hiciera falta que se lo pidiera, se puso a contarme.

Ella se llamaba María Josefa Ezcurra, en su familia —una de las más importantes de Buenos Aires, por cierto— le decían Pepa o Pepita. Era bella, según me confió Manuel, simpática, alegre. Era, además, bastante más joven que él. Se habían conocido unas semanas atrás, en el Consulado, cuando María Josefa acompañaba a su padre en un trámite. Osado como era, Manuel entabló conversación con la joven en un aparte y, si bien de inmediato comprendió que el flechazo era mutuo, supo de su boca que estaba comprometida. Por voluntad de sus padres, y contra su opinión, la habían prometido a un primo lejano, recién llegado de España, que se llamaba Juan Ezcurra.

Le pregunté qué iba a hacer.

—Seguir viéndola —me dijo Manuel, muy convencido.

En esas semanas, y a espaldas de la familia, María Josefa y él se habían encontrado unas cuantas veces. No sabía cómo terminaría la aventura, pero estaba seguro de que no se rendiría. Si ella lo quería, hallaría el modo de burlar la imposición familiar, aunque no fuera fácil.

---



Después de otro brindis, seguimos camino. Hecha su confesión, Manuel estaba de mejor ánimo, y aunque no hubiera apuestas de por medio, me animó a terminar aquella carrera que años atrás no habíamos podido concluir.

—¡De acá hasta la tranquera! —gritó y espoleó a su caballo.

Me tomó por sorpresa y salí detrás. Con la ventaja obtenida en la largada, consiguió llegar primero, apenas por una cabeza.

—¡Trampa! —le grité, riendo.

—¡Para llorar, a la capilla, Francisco! —me retrucó.

—Quiero la revancha —le exigí.

—Cualquier día —me dijo, pero no fue ese ni el siguiente, ni cuando marchamos en una misma tropa, años después, en el Litoral, en Paraguay o en el Norte. Nunca me dio la revancha y cuando yo se lo recordaba, se reía y me mandaba, otra vez, a llorar a la iglesia.



## En el nombre del padre y de la madre

Aunque lo hubiera querido, no pude devolver el favor de don Domingo durante mucho tiempo, porque hacia fines de 1795 el buen hombre nos dejó: sin duda, las tristezas de su injusto proceso legal habían hecho mella en su salud. Estuve, por supuesto, al lado de mi amigo y de su familia en esos tristes momentos, casi como un hijo más.

Aún de luto, Manuel retomó su trabajo en el Consulado y, quizá como un homenaje a su padre, se empeñó en crecer como funcionario. Uno que, a diferencia de la mayoría de los españoles que detentaban cargos en la administración, tenía ideas nuevas, progresistas, muchas veces osadas.

A fines de 1804 nació mi cuarto y último hijo, Estanislao, al que apodamos Tani. Por suerte mi madre, la feliz abuela del pequeño, llegó a conocerlo. Pocos meses después, habiéndose despedido en paz

de cada uno de sus hijos y sobre todo de sus nietos, también ella nos dejó para siempre. Manuel, claro, estuvo conmigo, junto a mi familia, apoyándome, tal como yo había hecho con él. Dicen que los amigos son hermanos que se eligen, y eso éramos nosotros.

La vida de Manuel tenía una diferencia fundamental con la mía, más allá de que trabajáramos en distintas actividades. Yo era un hombre casado; él, en cambio, un codiciado soltero. En las tertulias muchas mujeres suspiraban al verlo pasar, pero nada conseguían. Su corazón parecía inmune a las miradas o insinuaciones que recibía, porque ese corazón, que seguramente a algunas de las jóvenes casaderas les habrá parecido tan duro, estaba ocupado. En secreto, mi amigo seguía enamorado de María Josefa, a pesar de que su familia la había casado, contra su voluntad, con el primo español. Un matrimonio, por cierto, que parecía condenado a naufragar.

A mediados de 1806 la relativa tranquilidad de nuestras vidas se rompió de golpe. Una mañana de invierno nos encontramos con la más inesperada de las novedades. Tropas inglesas habían

desembarcado en nuestras costas, dispuestas a tomar Buenos Aires.

Apenas se oyó la alarma general, Manuel, yo y varios de nuestros hermanos y vecinos marchamos al fuerte. Como capitán de las milicias urbanas, mi amigo intentó ordenar al tumultuoso grupo de porteños que, a decir verdad, poco y nada sabíamos de estrategia militar. Nos guiaba la convicción de que no estábamos dispuestos a tolerar el atropello, de que no permitiríamos que la invasión tuviera éxito. Sin embargo, de camino al Riachuelo, tuvimos tiempo de darnos cuenta de cuánto mejor habría sido estar preparados. Un solo cañonazo se oyó y el jefe a cargo, que no era Manuel, dio la orden de retirada, que más que retirada se pareció a una desbandada general. No tuvimos orden ni para rendirnos: las tropas inglesas entraron en Buenos Aires como de paseo. Como muchos de nosotros, Manuel se llenó de vergüenza, sobre todo cuando nos enteramos de que el virrey Sobremonte había huido hacia Córdoba, llevándose los tesoros que no mucho después los invasores consiguieron arrebatarse.


Una vez que tomaron la ciudad, los ingleses exigieron que los funcionarios del virreinato juraran

---

fidelidad a la corona británica. Los empleados del Consulado, del que Manuel estaba a cargo, aceptaron la exigencia de inmediato, casi por unanimidad. Una sola honrosa excepción se presentó: la de mi amigo. Luego de negarse a jurar lealtad al invasor, Manuel tuvo que exiliarse. Yo lo acompañé. Me despedí de mi familia, y junto con unos pocos hombres tomamos el rumbo de la Banda Oriental. Yo había dejado amigos y familiares políticos que nos refugiarían hasta que pudiéramos volver a una ciudad liberada.

La reconquista, organizada por Santiago de Liniers, se logró al poco tiempo. Una vez que la ciudad fue nuestra, pudimos regresar del exilio y enseguida nos sumamos a las fuerzas de Liniers, a la espera del contraataque de los ingleses, que estábamos seguros ocurriría más temprano que tarde. Manuel fue nombrado sargento mayor del Regimiento de Patricios, comandado por Cornelio Saavedra. Poco duró en ese regimiento: tras algunas disputas con una oficialidad que parecía creerse superior a los demás, renunció y volvió a las órdenes de Liniers. Yo estaba allí, y lo recibí con los brazos abiertos.

---



Cuando en 1807 los ingleses regresaron, tal como esperábamos, la ciudad esta vez estaba preparada. La Defensa se llamó esa gesta, y el nombre le calzó perfecto. Cada vecino se convirtió en un combatiente; cada casa, en un fuerte; cada calle, en una trinchera. En uno de los combates, cerca de la iglesia de la Merced, vi pelear a un grupo de criollos junto a unos morenos, codo a codo, como hermanos. Entre los negros que defendían Buenos Aires creí ver a una mujer que me pareció conocida y que tal vez lo fuera, porque en un momento me saludó entre el humo de la pólvora. No sé ahora si era la misma negrita que nos había saludado en el río, María Remedios; es probable que no, pero me hubiera encantado que lo fuera.

Con agua hirviendo, con palos y herramientas, con unas pocas armas y con mucha valentía, vencimos a los ingleses nuevamente y, cuando lo hicimos, festejamos con la certeza de que algo había cambiado para siempre. Si bien todavía no podíamos elegir a nuestros gobernantes, nos sentíamos capaces de influir en las decisiones superiores. Cuando Santiago de Liniers, el mayor héroe de las invasiones, fue nombrado virrey del Río de la Plata, los criollos

que habíamos peleado junto a él supimos que ese nombramiento no tenía nada de casualidad.

Ya nada sería igual en el país que de alguna manera empezaba a gestarse. Ni siquiera a nivel personal: poco después de la segunda invasión el primo y marido de María Josefa, español de pura cepa, comenzó los lentos trámites que al tiempo lo llevarían de regreso a la península. El hombre no quería saber nada de revoluciones y viajaría a su país sin su esposa, que se negaba a dejar la patria. No podía haber mejor noticia para mi amigo.



## ¡Revolución!

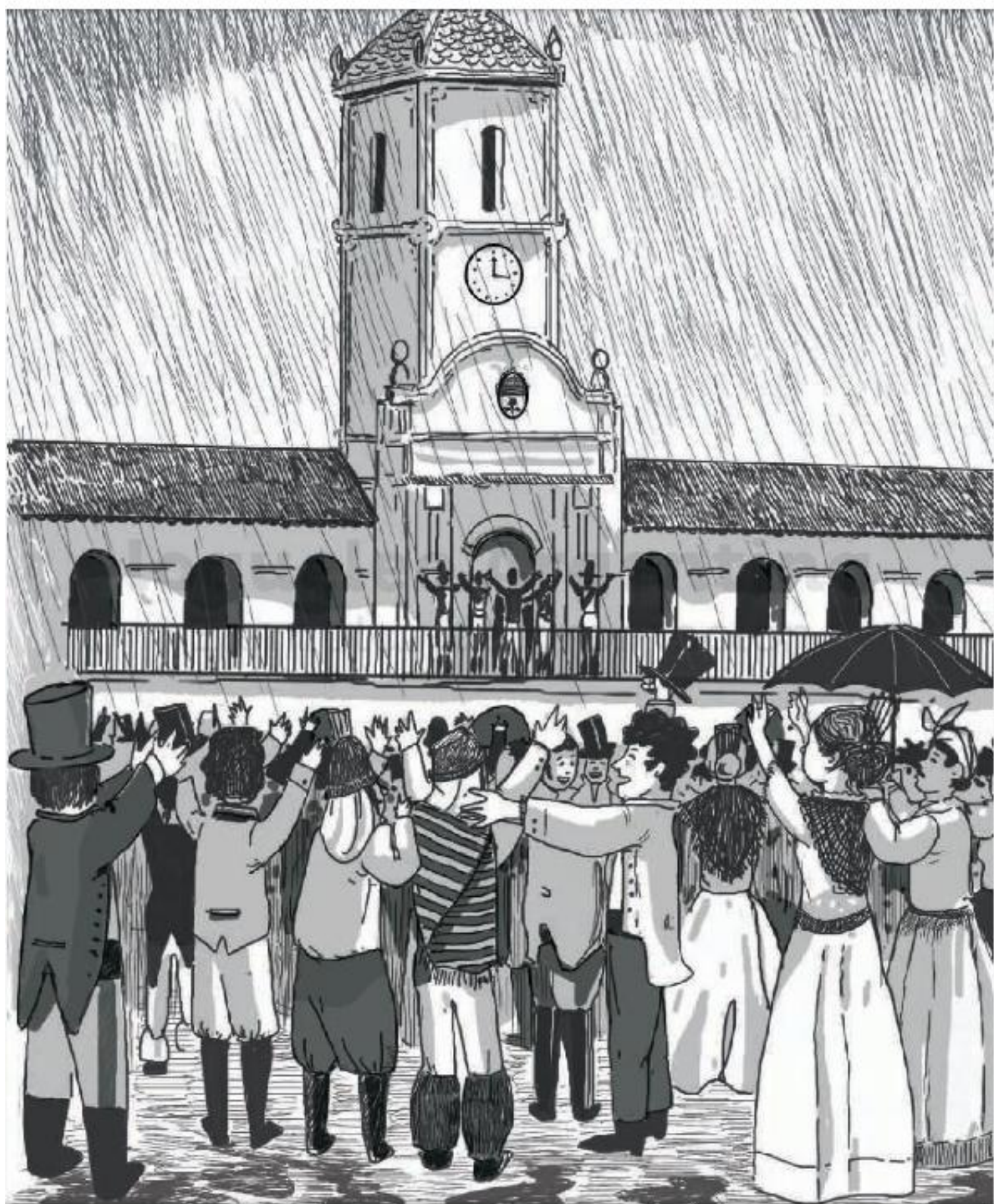
Después de las invasiones, Manuel y varios amigos empezamos a tomarnos cada vez más en serio la idea de que los criollos podíamos –y debíamos– gobernarlos solos. En el café de Marco, en la jabonería de Vieytes, en la casa de los Rodríguez Peña y en la del propio Manuel, distintos grupos nos juntábamos casi todos los días, nos íbamos organizando para lo que era inminente: apenas las brevas estuvieran maduras, como una vez dijo Saavedra, los criollos nos haríamos cargo de lo que nos correspondía.

La oportunidad llegó cuando supimos, gracias a las noticias que trajo una fragata británica, que la Junta de Sevilla había caído en manos de los franceses. Esa novedad era de vital importancia, porque, sin Junta en Sevilla y con el rey Fernando detenido, el mandato del virrey Cisneros no tenía

ningún valor. La noticia corrió del puerto a los cafés, de los cafés a cada casa, de la ciudad a la campaña. Y los criollos revolucionarios nos dijimos que la hora había sonado. Había llegado el momento de tomar el toro por las astas: exigiríamos nuestra propia Junta de Gobierno. Criolla, por supuesto.

Manuel participó del acalorado cabildo del 22, que pareció dejar todo listo para que tuviéramos nuestro primer gobierno, pero cuando el 24 se traicionó la decisión del pueblo, formando una Junta que tenía nada menos que al virrey como presidente, mi amigo estalló. Él no era hombre de perder los estribos, pero ese día, en la casa de Rodríguez Peña, yo lo vi levantarse del sillón y con la mano en el sable decirnos a todos que juraba por la patria y sus compañeros que si al otro día a las tres de la tarde el virrey no había renunciado, él mismo lo derribaría con sus armas.

El 25 desde muy temprano, bajo la lluvia, nos juntamos en la plaza de la Victoria, dispuestos, claro está, a obtener lo que con toda justicia reclamábamos. A las órdenes de French y Beruti con varios de mis amigos recorríamos la plaza, dispuestos a que los partidarios del rey no consiguieran burlar



la voluntad de los criollos: sabíamos quiénes debían acceder al cabildo abierto, y quiénes no, esa era nuestra misión. Al atardecer estábamos calados hasta los huesos, pero cuando nuestros compañeros salieron al balcón y se anunció el que sería el primer gobierno patrio, supimos que el esfuerzo había valido la pena. Ya estoy lo bastante grande como para no tener vergüenza de escribirlo: cuando escuché que mi amigo Manuel era vocal de nuestro primer gobierno, el orgullo y la emoción me ganaron y lloré de alegría, abrazado a algún compañero que no recuerdo, en esa plaza lluviosa y feliz.

Junto con mi amigo, también integraban la Junta otros patriotas con los que habíamos conspirado, en la jabonería de Vieytes, en la casa de los Peña, en los cafés. Tres de ellos, como Manuel, eran abogados brillantes: su primo Juan José Castelli, gran orador, el astuto Juan José Paso y el que nosotros más queríamos, un patriota cabal, un hombre que, como Belgrano, llevaba la revolución en la sangre: Mariano Moreno.

Por supuesto, sabíamos que construir una nueva nación, hacer una revolución que modificara todas

las cosas, que trajera igualdad, libertad, justicia, no sería nada fácil, todo lo contrario. Manuel, yo y tantos como nosotros vivimos esas dificultades en carne propia. Estábamos felices, aunque supiéramos que nos esperaban muchos pesares.

A poco de asumir su cargo de vocal en la Junta de Gobierno, a Manuel lo nombraron general en jefe de una expedición que debía consolidar la revolución en el Paraguay. Con mucho más entusiasmo que hombres o armas, con las dudas lógicas de alguien que no era un militar de carrera, sino un abogado revolucionario, Manuel aceptó el desafío y marchó al Paraguay. Como su amigo, marché con él en calidad de ayudante, de hombre de confianza y secretario: lo que en el ejército llaman edecán. Yo tampoco era un hombre de armas, pero algo habíamos aprendido peleando contra los ingleses.

La marcha fue extenuante, llena de altibajos. En el camino, Manuel, que no dejaba de ser un hombre con una mirada de futuro, fundó el pueblo de Curuzú Cuatiá y redactó un Reglamento para la administración de esas tierras que establecía la igualdad de los aborígenes de las Misiones, guaraníes en su mayoría; además, suspendía el cobro

de tributos por diez años, para que el pueblo pudiera progresar y, entre otras cosas, ordenaba la creación de escuelas de primeras letras, de artes y oficios. Un documento verdaderamente revolucionario que no todos nuestros compatriotas, por muy revolucionarios que se dijese, comprendieron en profundidad.

Cruzar el río Paraná fue una de las grandes dificultades a las que nos tuvimos que enfrentar: poca gente lo sabe, pero fue una verdadera proeza. Nos llevó tres días atravesar el paso de Caaguazú, con tan solo una balsa hecha con dos canoas, donde cruzaban las armas, mientras la mayoría de la tropa lo hacía a nado, con riesgo de su vida, para colmo, en una primavera lluviosa a más no poder.

Ya en tierra paraguaya tuvimos un primer enfrentamiento, apenas una escaramuza, en Campichuelo, a mediados de noviembre. Triunfamos y eso nos permitió llegar al festejo de las Navidades y el Año Nuevo con el ánimo más feliz, a pesar de que nos faltaban hombres, caballos y armas, que Manuel reclamaba sin cesar, aunque poco lo escuchaban.

En las fiestas brindamos, bastante emocionados, por el éxito de la revolución, por nuestros seres

queridos (yo extrañaba mucho a mis hijos y a mi Lorenza) y por el triunfo en las batallas por venir, que sabíamos que pronto ocurrirían. Y así fue, a mediados de enero nos enfrentamos a los paraguayos, que desconocían la autoridad de la Junta de Gobierno, en Paraguarí. Y en marzo volvimos a enfrentarlos, en la batalla definitiva, la de Tacuarí.

Antes de los combates, en pleno campamento, un día nos anunciaron que un hombre, un maestro de la zona, quería hablar con el jefe de las tropas. Manuel accedió a que el desconocido pasara a su tienda de campaña y le preguntó qué quería. El maestro, Antonio Ríos, un anciano casi, estaba impedido de pelear porque arrastraba una dolencia que apenas le permitía caminar, pero nos dijo que su hijo, que lo acompañaba, pelearía por él. El chico, a su lado, asintió vigorosamente. Se llamaba Pedro y era apenas un niño. El aspirante a soldado era tan pequeño que Manuel, al principio, se negó a considerar el ofrecimiento. Pero Pedrito y su padre insistieron tanto, y era tan grande el patriotismo que demostraban, que al fin mi amigo aceptó. Con cierta solemnidad, pero con simpatía, Manuel le dio el encargo de llevar el tambor en la

batalla, para marcar el paso de la tropa. Serviría, además, de lazarillo del mayor Vidal, que estaba casi ciego, pero igual marchaba con las tropas.

En Paraguarí Pedro mostró una gran valentía, que le valió el reconocimiento de soldados y oficiales, el primero de todos, el mayor Vidal, que pronto lo quiso como a un hijo. Y en la segunda batalla, la de Tacuarí, Pedrito volvió a demostrar su coraje, aunque no por mucho tiempo: marchaba con su tambor animando a las tropas cuando, en un avance, una descarga de fusil lo alcanzó en el pecho. Yo vi a muchos soldados curtidos llorar ante la caída del tamborcito: el mayor Vidal, mi amigo el general y yo mismo entre ellos. Manuel nunca lo olvidaría. Por él, y por tantos como él, se prometió no cejar nunca en su lucha.



## Hagamos bandera

Volvíamos vencidos, pero aun en esas tristes circunstancias Manuel supo hacer brillar su inteligencia y su valentía, para que, de alguna manera, la derrota se volviera empate. Aunque en Tacuarí las fuerzas paraguayas eran muy superiores a las nuestras, en un momento mi amigo se puso al frente de las tropas sin importarle que el enemigo fuera tan superior y atacó las posiciones de los paraguayos, que retrocedieron sorprendidos. Luego de este inesperado ataque, Belgrano regresó al cerrieto donde nos habíamos guarecido y desde allí se encontró en mejores condiciones de negociar un alto el fuego. Tras parlamentar con Belgrano, el general Cabañas, jefe de las fuerzas enemigas, aceptó un trato muy honroso, que permitió que recruzáramos el Paraná sin ser molestados. Incluso, en la retirada, oficiales de un lado y otro compartimos

momentos de camaradería: después de todo, paraguayos y porteños formábamos parte de la misma patria grande que quería independizarse del poder español.

Íbamos rumbo a Buenos Aires cuando nos llegó la orden de marchar hacia Montevideo. Debíamos sumarnos a la lucha contra el virrey Elío, que resistía la revolución y se hacía fuerte con sus tropas en el puerto uruguayo. Para mí fue una gran decepción, porque me había imaginado que en pocos días estaría de regreso en mi casa, con mis niños y mi esposa. Pero la revolución exigía estos sacrificios y hacia allá fuimos, a la Banda Oriental.

En las cercanías de Montevideo no pude menos que recordar los primeros días del amor, cuando conocí a Lorenza. ¡Qué distintos eran estos tiempos de guerra, cuánto extrañaba yo los días pasados! Viéndome cabizbajo, Manuel, que tanto me conocía, me consoló:

—Pronto volveremos a Buenos Aires —me dijo—. Será un tiempo para dedicarle a la familia.

Mi amigo me liberaba así de la responsabilidad de seguir junto a él en el ejército. Por un tiempo le hice caso, pero no demasiado. De regreso en Buenos

Aires, durante casi todo 1811 pude estar en mi casa, disfrutando de los míos y además componiendo un poco mis negocios, que habían quedado muy abandonados. Pero, luego de las Navidades, a principios de 1812, otra vez todo cambió.

Manuel había regresado de una nueva misión en el Paraguay (esta vez diplomática: fue a firmar un tratado de amistad con el gobierno de Asunción), y casi ni se había instalado en Buenos Aires cuando recibió la orden de marchar nuevamente, en esta ocasión rumbo a las costas del Paraná, cerca del Rosario. Debía instalar dos baterías y organizar las defensas contra las incursiones realistas.

De inmediato me alisté en sus tropas, por más que Manuel me insistió para que me quedara en casa. No le hice caso: yo también era un revolucionario, y le debía mi lealtad tanto a la revolución como a mi amigo. No me arrepiento en absoluto, todo lo contrario, porque gracias a esta nueva misión fui testigo de dos momentos clave de nuestra historia: el 18 de febrero, para diferenciarnos de nuestros enemigos, Manuel creó una escarapela, con los colores celeste y blanco. Y unos días después, el 27 de febrero de 1812, día que la historia argentina no olvidará, el general Belgrano


---

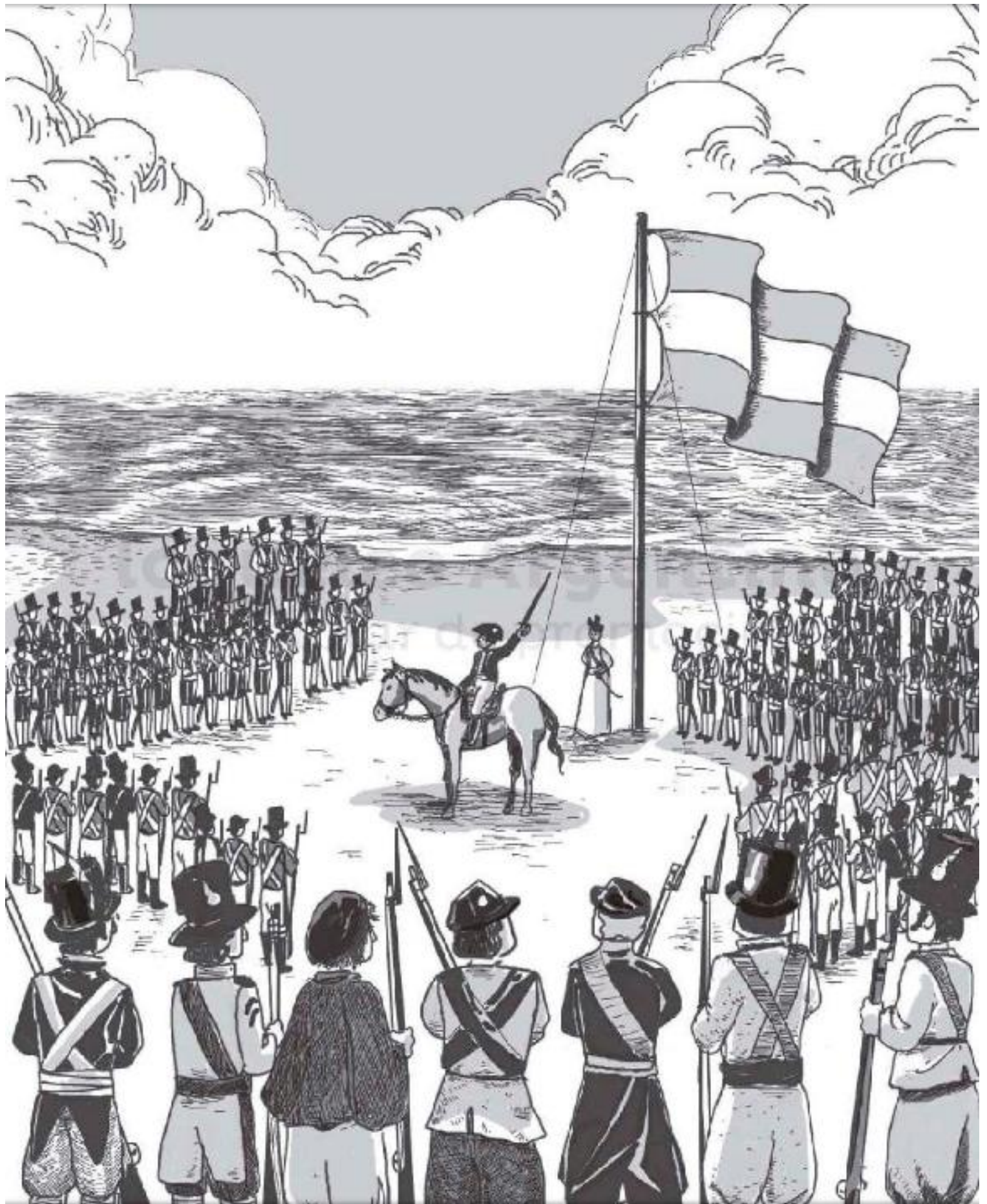
enarboló nuestra bandera a orillas del Paraná. Yo contemplé allí, emocionado, cómo la celeste y blanca flameaba por primera vez sobre nuestra tierra.

La bandera la había cosido una maravillosa dama, María Catalina Echevarría, que era la hermana de otro amigo de Manuel, a quien yo conocía poco, pero con el que enseguida simpatizamos: Vicente Echevarría. En la Villa del Rosario, en la casa de uno de ellos, ya no recuerdo cuál, Manuel le pidió en secreto, a María Catalina, el favor de que confeccionara el estandarte, pedido que la buena mujer aceptó, con mucho orgullo. En una semana, trabajando contra reloj, la bandera estuvo lista. Invitada por el propio Belgrano, María Catalina asistió al momento solemne del izamiento, cuando el comandante hizo jurar nuestro pabellón a los soldados formados en filas.

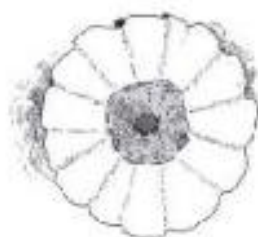
Muchas veces me preguntan si esa primera bandera era tal como la conocemos hoy, celeste, blanca y celeste, en tres franjas iguales. A mis noventa años puedo decir, sin que nadie me llame mentiroso, que no recuerdo exactamente cómo era el diseño, aunque sí, por supuesto, que eran estos nuestros colores.

---





Lo que sí recuerdo claro es que el mismo día del izamiento llegó la orden de que Manuel se hiciera cargo del Ejército del Norte. Debíamos marchar muy lejos, para defender las fronteras del país naciente en el Alto Perú. Y hacia allá fuimos, con la bandera guardada entre las pertenencias del general: con un tono agrio, como de reto, que a mi amigo le cayó muy mal, le habían ordenado que la destruyera, porque no era, según dijeron las autoridades porteñas, el momento adecuado para tener una bandera propia. Pero Belgrano no hizo caso. Fue la primera vez que desobedeció una orden, y no fue la última. Bendigo hoy esas desobediencias de mi amigo, que tanto significaron para la patria que nacía.



## Un norte para la patria

Cuando llegamos al Norte nos encontramos con un ejército diezmado, desordenado, prácticamente vencido. Pero mi amigo había aprendido, ya era todo un general: no por nada San Martín dijo, en su momento, que Belgrano era lo mejor que teníamos en América. Con firmeza, con el ejemplo, con muchas penas y esfuerzos, Manuel fue ordenando las tropas del Ejército del Norte, que debía dar cara a la avanzada española que llegaba desde el Alto Perú, con muchos más hombres y armas que nosotros. Pero no había aventuras imposibles, no para Manuel Belgrano, al menos, y esa convicción suya nos contagió a todos.

A mediados de abril, en pleno campamento, tuvimos una enorme sorpresa, la más grata que Manuel podía esperar: serio, quizá todavía sin entender cómo había llegado hasta allí, uno de los


---

soldados anunció que una dama quería entrevistarse con el general. Yo estaba con él, lo vi salir de la comandancia, apurado, como presintiendo quién lo buscaba. A unos pasos, sonriente, sin que el largo viaje le hubiera quitado ni un poco de su belleza, estaba María Josefa Ezcurra, Pepa, su amada.

Quizá la visita de María Josefa, que al fin era libre de su matrimonio forzado, pues su marido y primo la había dejado para volverse a España, renovó las fuerzas de mi amigo. Lo cierto es que, para cuando se cumplió el segundo aniversario de la revolución, Manuel tuvo una idea genial. El 25 de mayo de 1812 hizo bendecir la bandera celeste y blanca, la misma que le habían ordenado destruir, en una misa solemne en la catedral de Jujuy. Era todo un símbolo, y un gesto que a los jujeños los terminaría de convencer de que mi amigo era el hombre que los conduciría a la victoria. Aunque hubiera que sufrir, y mucho, antes de lograrla.

Las tropas españolas, muy superiores, se acercaban peligrosamente a la capital jujeña, bajando del Alto Perú. El Triunvirato, que gobernaba desde Buenos Aires, dio una orden que a Belgrano le costó

---



acatar: el Ejército del Norte debía retroceder hasta Córdoba, dejando tras de sí tierra arrasada.

Como cada soldado, como casi todos los jujeños, yo escuché acongojado la proclama de mi amigo el general, que se dominaba para que la emoción no le quebrara la voz: los pobladores debían abandonar sus casas, sus sembrados, sus animales, sus bienes. Todo aquello que no pudiera ser transportado sería incendiado. No había que dejarles a los enemigos nada con qué proveerse. Era una retirada pero a la vez una forma de dar batalla. Ochocientos kilómetros nos separaban de Córdoba; sería una odisea, y por eso, y a su pesar, mi amigo fue inflexible. Había que cumplir la orden, costara lo que costase.

Tras diez días de dolorosa marcha, nos detuvimos a orillas del río Las Piedras. Allí, el coronel Eustoquio Díaz Vélez, que cuidaba la retaguardia del éxodo, dio batalla a la avanzada realista, que nos pisaba los talones. Cuando las tropas españolas asomaron frente al río, la caballería de Díaz Vélez se les fue encima. “Sea pato o gallareta”, habrá dicho Eustoquio, que nunca perdía el humor, y menos la valentía. Y allá fue, a triunfar. Al final del día, cuando la noticia de la victoria llegó al campamento donde

esperábamos junto con Belgrano, Manuel me estrechó en un abrazo y me dijo, premonitorio, que ese pequeño triunfo no era menor. Y no se equivocaba.

Pocos días después, nuestro ejército acampó en las cercanías de Tucumán. Tres importantes enviados de la ciudad pidieron entrevistarse con el general. Hablaban en nombre de todos los tucumanos y le aseguraron que el pueblo estaba dispuesto a sumarse a sus tropas, si él aceptaba detener la retirada y dar batalla a los españoles. Y Manuel, que tenía muy presente el triunfo de Díaz Vélez en Las Piedras, aceptó el pedido. Desobedecería la orden de retroceder hasta Córdoba y allí mismo entraríamos en combate.

En las vísperas de la batalla una mujer se presentó al general. Respetuosamente, le pidió que le permitiera atender a los heridos en las primeras líneas de combate. Belgrano, al principio, se rehusó. Por razones de disciplina no era muy afecto a que hubiera mujeres en el regimiento. Pero ella se plantó. Era una negra valiente que no se achicaba nunca.

—General, vengo acompañando al ejército desde la revolución. Perdí a mi marido y a uno de mis hijos en Huaqui. Quiero pelear.

Manuel la miró, al principio serio, como si le hubiera molestado la insistencia. Parecía que iba a enojarse, pero después sonrió.

—Me parece conocida usted, señora...

—Me llamo María Remedios —le dijo ella, y agregó, pícara, en voz más baja—: puede ser que nos conozcamos de cuando a usted le gustaba robarles fruta a los vecinos.

Manuel se rio. María Remedios se quedaría con nosotros. Y por cierto que sería de enorme ayuda.

El 24 de septiembre de 1812 nos enfrentamos a las tropas de Pío Tristán, que nos doblaban en número. Parecía una mala broma que justamente fuera el peruano Pío, nuestro excompañero de Salamanca, casi un viejo amigo, quien dirigiera a los realistas. El destino había querido que nos reencontráramos en tiempos de guerra, enfrentados.

La batalla duró dos días, dos días terribles, que todavía tengo muy presentes en mi memoria. En medio de la lucha, que por momentos se tornaba muy desfavorable, fuimos testigos de un hecho que muchos consideraron milagroso: una enorme manga de langostas apareció de pronto, oscureciendo el cielo. Al principio nos confundió a todos

por igual, pero cuando vimos que los españoles abandonaban sus posiciones y sus armas, comprendimos que las langostas peleaban a favor del ejército revolucionario, que eran nuestras aliadas. Alentados por este mensaje de la naturaleza, redoblamos los ataques. Juntos, patriotas y langostas, pusimos en fuga a buena parte de las tropas realistas.

Al fin de la segunda jornada de lucha, habíamos triunfado. Cuando terminó la batalla, y estábamos festejando, Manuel preguntó por María Remedios. La había visto en las primeras líneas, curando heridos, ayudando, peleando. Y para sorpresa de todos, él, que en un primer momento no le quiso dar el permiso de pelear junto a las tropas, la llamó a su lado y le puso una mano en el hombro, solemne: María Remedios lloró de emoción cuando el general la nombró capitana del ejército.

Tucumán fue, quizás, la victoria más importante de la guerra de la Independencia, tanto que cambió las cosas por completo. En Buenos Aires, el Primer Triunvirato fue reemplazado por otro, y mi amigo recibió una nueva orden, que era el premio que más esperaba: ya no debíamos retroceder, sino

---

regresar hacia el Norte, a recuperar lo que con tanto dolor habíamos abandonado.

No fue nada fácil, por supuesto. Cinco meses tardamos hasta llegar a Salta, donde, una vez más, nos enfrentaríamos a las tropas realistas, otra vez superiores en número y armamento. Y el 20 de febrero de 1813, nuevamente vencimos a Pío Tristán.

Con los triunfos de Tucumán y Salta, la Independencia, sin duda, estaba más cerca. Aunque todavía faltara mucho para verla brillar.



## Dolores en lo alto

Como si preanunciara lo que casi un año después nos pasaría en el Alto Perú, a pocos días de la victoria de Salta, Manuel sufrió una mala noticia: María Josefa se volvía Buenos Aires.

Ella estaba embarazada, pero Manuel recién se enteraría del nacimiento de Pedro, su hijo, mucho tiempo después de que ocurriera. No sé si él estaba enterado de que ella esperaba un hijo; si lo supo, nunca me lo dijo. Yo no puedo saberlo, aunque imagino que Pepa, consciente de que su amado estaba dirigiendo un ejército en guerra, no se lo habrá dicho para no cargarlo con un peso más en medio de una campaña que no sería nada fácil.

Después de los triunfos en Tucumán y Salta teníamos que consolidar la victoria más al norte. Pero no pudimos. Todo conspiró para que los españoles, esta vez, se tomaran revancha. Mi amigo el

general estaba enfermo y desde Buenos Aires, por mucho que insistiera e insistiera, no llegaban los refuerzos que pedía, las armas, las provisiones, ni siquiera las mulas para transportar la poca carga que teníamos.

En octubre de 1813, ya adentrados en el Alto Perú, caímos derrotados en una primera batalla, la de Vilcapugio. Ese día perdimos una gran cantidad de hombres, casi toda la artillería y muchas piezas de fusil: fue una derrota aplastante. Sin embargo, Belgrano no se dio por vencido, como nunca lo hacía. En poco tiempo reorganizó las tropas y un mes después, con más coraje que fuerza, enfrentamos otra vez a los realistas, esta vez en Ayohuma. Lamentablemente, fue una nueva caída que destruyó al Ejército del Norte.

En ese día funesto, en lo peor de la batalla, en medio de los tiros y los sablazos, avanzando entre el humo y el polvo, sin miedo a la carga de los caballos y los cañonazos, María Remedios volvió a lucirse, aunque esta vez no estaba sola. Junto con ella tra-jinaban sus dos hijas: las tres se destacaron por su enorme valentía, su solidaridad, su patriotismo. Esas mujeres, que luego serían conocidas como “las

niñas de Ayohuma”, llevaban agua, alentaban a los soldados, curaban a los heridos, peleaban. Yo sé que María Remedios del Valle y sus hijas, junto con Pedrito Ríos, el tambor de Tacuarí, se instalaron para siempre en el corazón de mi amigo.



Después de las derrotas consecutivas, el gobierno destituyó a Manuel de su cargo como jefe del Ejército del Norte y nombró en su lugar al general San Martín. Hacia fines de enero de 1814, los dos generales se fundieron en un abrazo en la posta de Yatasto, adonde habíamos llegado en nuestra retirada. Ambos se admiraban mutuamente, y se respetaban. Por eso, mi amigo Manuel no tuvo ningún problema en entregar el mando del Ejército y quedar como jefe de uno de los regimientos.

Tiempo después, sin embargo, y en una increíble muestra de ingratitud, Belgrano fue enviado a Buenos Aires, procesado por sus derrotas. Nadie se fijaba en los enormes esfuerzos que venía realizando, casi sin recursos, enfermo, poniendo el cuerpo y ofreciendo la vida, desde antes de la Revolución de Mayo. Parecían haber olvidado que las dos victorias más importantes de la guerra de la Independencia se debían a su coraje y su liderazgo. No les importó. Yo lo acompañé en su triste regreso. Belgrano, que era un héroe de la patria, aceptaba que algunos gobernantes, desde sus cómodos sillones, se permitieran juzgarlo.

A pesar de los dolores y la tristeza, mi amigo se repuso. Y pronto tuvo la alegría de que la justicia

triunfara. Fue sobreseído de su causa, y no solo eso: el mismo gobierno que se había atrevido a juzgarlo, ahora le encargaba que viajara, en misión diplomática, a Inglaterra y España.

Lo despedí en el puerto de Buenos Aires, a principios de 1815. Antes de zarpar, Manuel, bromeando, me invitó a ir con él.

—¡Como cuando éramos unos niños, vámonos, Francisco! —me gritó desde el bote que lo llevaba al barco. Me reí, hice el amago de arremangar los pantalones para meterme al agua, lo saludé con la mano, emocionado. Pasaría casi un año hasta que nos volviéramos a ver. Yo regresé a mi familia, a mis asuntos personales. Manuel, una vez más, estaba al servicio de la patria.



## Independencia

En marzo de 1816, un año clave en nuestra historia, a mi amigo Manuel, ya reinstalado en Buenos Aires, una vez más le encargaron una misión militar. Había pasado en Europa varios meses, en luchas diplomáticas tan necesarias como las batallas que había peleado durante muchos años. Y ahora le tocaba volver, para reasumir el mando del Ejército del Norte, mientras San Martín se hallaba en Cuyo.

Yo había tenido un buen tiempo para acomodar mis cosas, tiempo feliz de estar con mi familia. Pero, por mucho que quisiera disfrutar de la paz de mi hogar, sabía que la prioridad era alcanzar la independencia, consolidar el sueño que habíamos empezado en 1810: tener una patria libre y soberana. Así es que tomé mis armas y me puse a la par de mi amigo, para luchar juntos.

Llegamos a Tucumán cuando el Congreso que nos declararía independientes estaba en sesiones. Muchos diputados, todavía dudosos, se preguntaban si realmente era el momento de declarar la Independencia, si no era mejor esperar, sobre todo porque las noticias que llegaban de Europa no eran alentadoras. También se preguntaban, muchos de los congresales, si debíamos ser una república o, tal vez, como opinaba Manuel, convenía organizarnos como una monarquía constitucional, con un rey que simbolizara nuestra pertenencia americana: un rey inca. Eso dijo mi amigo, invitado por el Congreso, en una memorable exposición realizada el 6 de julio, en sesión especial. Los diputados del naciente país lo oyeron hablar de la difícil situación europea, que él traía fresca, y argumentar a favor de su idea: había que coronar a un rey que rindiera tributo a nuestros primeros habitantes. Sin embargo el Congreso no le hizo caso. Y optó, hoy creo que con acierto, por declararnos libres e independientes de toda dominación extranjera, el 9 de julio de 1816, con la idea de constituirnos en una república.

Hubo festejos en Tucumán ese Día de la Independencia recién declarada, que duraron semanas.

El general, mi amigo, también festejó. Y, como jefe del ejército que una vez más debía dirigir, participó del baile que en la noche del 10 de julio se realizó para celebrar las buenas nuevas.

Manuel no estaba en condiciones de bailar, los dolores reumáticos lo tenían a mal traer, pero apenas comenzó la fiesta supo que tendría que abrir el baile con la primera pieza. Puso entonces una condición: para que sus pies no sufrieran tanto, la música debía ser suave; el baile, lento. Así nació, por pedido del general, esa danza que todavía se baila: “la condición”.

En esa noche de fiesta, Manuel tuvo uno de los encuentros más importantes de su vida. Entre las chicas que danzaban estaba María Dolores Helguero, una jovencita a la que había conocido años antes, en tiempos de las primeras batallas en el Norte. El reencuentro preanunció el amor. El segundo amor de su vida que, como el primero, estuvo condenado al secreto. Sin embargo, cuando tres años después, fruto de ese amor, naciera la pequeña Manuela, Belgrano rubricaría su paternidad. El nombre completo de mi amigo era Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús. Su hija se llamaría Manuela

Mónica del Corazón de Jesús, para que nadie tuviera ninguna duda.

Además de vivir este nuevo amor de sus últimos años de vida, Manuel tenía que seguir peleando a favor de la Independencia. El Ejército del Norte, con la inestimable ayuda de los gauchos de Güemes y de otros patriotas, como la inolvidable Juana Azurduy, debía mantener la frontera norte a salvo, para que San Martín pudiera cruzar los Andes, liberar a Chile y luego llegar a Perú por mar. Y en eso estuvimos, sosteniendo la lucha, durante tres años, hasta que en agosto de 1819, muy enfermo, el general Belgrano tuvo que pedir licencia y dejar el mando de las tropas.

Junto con Manuel volví a Buenos Aires a principios de 1820. Mi amigo estaba muy enfermo, tanto que con nosotros había viajado el doctor Joseph Redhead, un escocés pelirrojo y simpático, médico personal del general Güemes, que muy pronto se convirtió en uno de sus últimos amigos.



## Una visita

Podría terminar estos recuerdos hablando de la Ingratitud, así, con mayúsculas, que es la palabra más adecuada para hablar del pago que los argentinos le dimos al general Belgrano. Pero prefiero no detenerme en ella: mi amigo no lo hubiera querido.

Es cierto que, en sus últimos días, Manuel, que entregó su fortuna junto con su salud y su vida entera a la causa de la libertad, estaba triste. Pero nunca, jamás, arrepentido. Manuel Belgrano, padre de la patria, estaba seguro de que todo, absolutamente todo lo que había hecho por ella, había valido la pena.

Tal vez, para que no le quedara ni la más pequeña duda de que así había sido, es que cerca del final tuvo una visita que le llenó el alma.

Estábamos él, su hermana Juana, el doctor Redhead y yo en su casa, una tarde otoñal, a principios

de junio de 1820, cuando sonaron unos golpes inesperados en la puerta cancel. Manuel, que en ese momento tomaba un remedio ante la vigilancia del médico, le pidió a este que se fijara quién lo visitaba.

—No me haga trampa, general —le advirtió Redhead, que le conocía las mañas—. Tiene que tomar la medicina.

Belgrano sonrió sin ganas. Dio un sorbo al frasco que el médico le había dado y lo dejó a un costado, refunfuñando. Unos instantes después, reapareció el doctor. Detrás del escocés, con paso tímido, caminaba una mujer negra, anciana, mal vestida. Manuel y yo nos la quedamos mirando: empezábamos a reconocerla cuando Redhead se apresuró a aclarar.

—Pensé que era una mendiga, general. Pero me parece que es una amiga. No quería dinero ni comida, aunque quizás los necesite. Dijo que solo quería saludar a su general, como antigua camarada de armas. Tanto insistió que tuve que dejarla pasar.

Antes de que Manuel reaccionara, la mujer se adelantó. Luego se cuadró ante mi amigo y con voz potente, voz de soldado, se presentó como si hiciera falta.

---

—Soy la capitana del Ejército del Norte, María Remedios del Valle. El cargo me lo dio mi más amado general.

Belgrano sonrió. Sacando fuerzas de donde no tenía se acercó a la mujer con el paso más firme que pudo.

—¡Capitana María Remedios! ¡Querida amiga! ¡Qué alegría recibirla!

María Remedios del Valle, aquella valiente mujer que había sido una de las “niñas de Ayohuma”, le extendió la mano, muy formal. Manuel, para la enorme sorpresa de la buena mujer, prefirió abrazarla.

—¡General! Qué emoción —le sonrió ella—. Me enteré de que no estaba muy bien de salud y le traje unos yuyos, son buenísimos para curar los bronquios, los pulmones y el corazón.

Manuel tomó los yuyos con un gesto agradecido, los olió y, antes de guardárselos en el bolsillo de la chaqueta, se los mostró al médico, sonriente otra vez.

—Seguro son mejores que sus remedios, doctor.

Después invitó a la buena mujer a sentarse con nosotros, y él mismo le sirvió una taza de té.

—¡Gracias, mi amiga! Qué hermosa visita —le dijo, visiblemente emocionado—. ¡Así es una

---

verdadera madre de la patria! No viene a pedir, sino a seguir dando. Como en el éxodo, como en Salta, como en Tucumán...

—Como en Vilcapugio y Ayohuma también, general. Más vale no olvidar —le dijo María Remedios, con algo de picardía, que le arrancó a Manuel una nueva sonrisa.

—Claro que no. En las derrotas es cuando se ve el mayor temple de los hombres. Y de las mujeres, por supuesto. Como vos y tus hijas, mis “niñas de Ayohuma”.

Entonces intervino Redhead, que no la conocía.

—¿La capitana fue una de las famosas niñas, general?

—¡Claro que sí! En medio de la batalla, entre los tiros y los sablazos, ahí andaba esta valiente, con sus hijas, de un lado para otro, con agua, con ungüentos y vendas, con toda su fuerza. Como una madre, como una patriota.

Un buen rato duró la visita, en la que recordamos, sobre todo para el médico, que nos pedía detalles, algunos pormenores de las campañas en el Norte. Antes de que oscureciera, María Remedios dijo que tenía que retirarse. Ella era, desgraciadamente, otra

de las olvidadas, y debía llegar pronto a su pobre refugio cerca de la recova. Se paró, volvió a cuadrarse y dominando la emoción se despidió con las palabras justas.

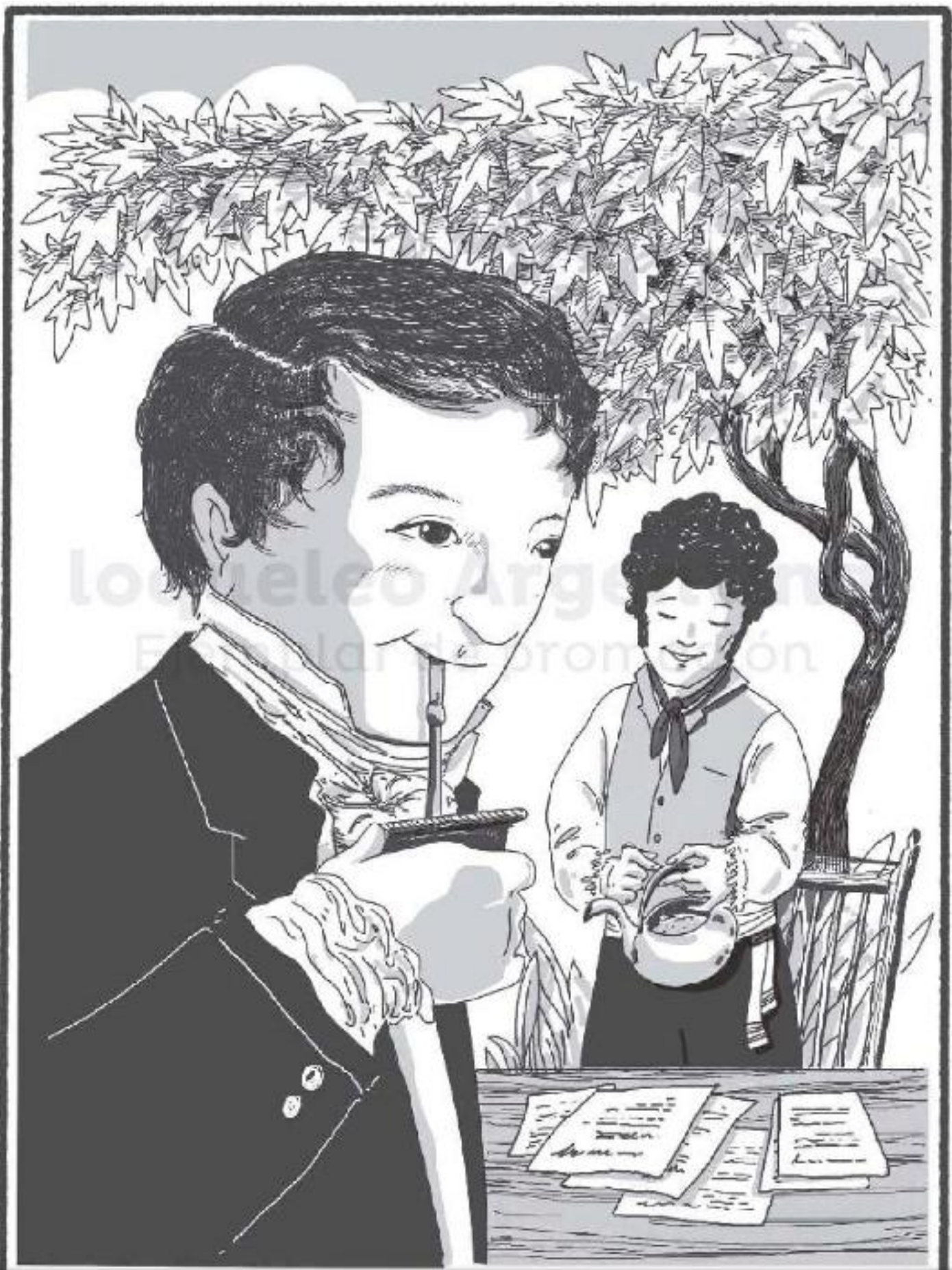
—General, no lo distraigo más. Tome los yuyos, le van a hacer bien. Sea fuerte, por favor, que la patria lo necesita.

—¡Como a mi capitana! —le respondió Manuel, y volvió a abrazarla.

De pie, Belgrano la vio salir de la sala, acompañada otra vez por el médico. Cuando Redhead volvió, nos habló a los dos. Estaba contento.

—Poco tiempo me queda, mis amigos. Pero esta visita me ha hecho feliz. Por gente como ella es que valió la pena pelear.





## Mi amigo Manuel

Con la imagen de la visita de María Remedios se terminan estos recuerdos de mi vida junto al general Manuel Belgrano, mi más querido amigo. No quiero detenerme en sus últimos días, no me haría bien.

De mí no hay mucho más que decir. Muerto mi amigo, me dediqué a mi familia, a mi trabajo. Mis hijos tuvieron hijos; mis nietos, también, y hoy vivo rodeado de una gran familia. Es la alegría de mi vejez.

Hace unos pocos años leí una biografía de Manuel, la que le hizo el general Mitre. Leerla me hizo feliz.

Espero que algún día todos los argentinos recuerden a mi amigo como lo hago yo: como un hombre bueno que, cuando hizo falta, se animó a ser un héroe.

---

Tengo un sueño que anima mis últimos días:  
que cada 20 de junio, en su homenaje, recordemos  
la bandera que este hombre, junto con su vida  
entera, nos legó para siempre.



## Índice

I	La aventura de los membrillos	5
II	Estudiantes, alcemos las banderas	13
III	Al otro lado del mar	19
IV	Al otro lado del río	27
V	Por la vuelta	35
VI	El amor a la vuelta de la esquina	41
VII	En el nombre del padre y de la madre	47
VIII	¡Revolución!	53
IX	Hagamos bandera	61
X	Un norte para la patria	67
XI	Dolores en lo alto	75
XII	Independencia	81
XIII	Una visita	85
XIV	Mi amigo Manuel	91
	Biografía del autor	93